

Rituales

Bel canto

Alguien encendió la luz
y apagó tu recuerdo.
En cambio, mi desesperación,
volvió a encender tu imagen
y apagó la luz.
Alguien subió por tu nombre
y olvidó despedirse
ya para siempre.
Después, bajó el difunto
al que opuse mi naufragio.
Desde ahí, tu nombre
devora estrellas y lunas
sin sacarles las espinas.
Lo que siembra de peligros
este insomnio.

Todos llaman a la puerta del No Pasarás

Todos llaman a la puerta del No Pasarás. Todos llaman
a su puerta de cine mudo,
y yo me decía Sé Cortés, Aplica la Sutileza.
Rodolfo Valentino ya está pasado de moda.
Y mi ánimo entusiasta chocaba siempre con el Quédate
Ahí.
Y se quedaba fuera de la realidad, sin conseguir el
llavero secreto.
La llave luminosa.
Y allí estaba el sendero de alegres florecillas.
Entonces yo veía el Océano de los Olvidos a mi alrededor,
como otros ven las estrellas, sus lujosos palacios
de azulejos,
y rostros sonrientes de bellas colegialas que juegan
a esconderse en la floresta.

Santificadas como una naturaleza muerta de Cézanne.
Escogidas y graciosas como las de Sodoma y Gomorra.

Alegres florecillas de los jardines solitarios
que reviven como los ojos de la Greta Garbo en el
museo de películas viejas.

Alejadas del dolor y la miseria.

Proletarias florecillas de huertos azules que crecen
y crecen en el ayer,

y siempre emergen del Océano de los Olvidos.

Amargas florecillas de la desconfianza.

Todos llaman a la puerta del No Pasarás.

Y una voz me dice: ¡aúlla en los desembarcaderos!

¡Teclea en tu máquina de sueños hasta aturdirte!

¡Y emputécete en el sendero del No te Detengas!

Y yo escribí mi testamento en el sermón diario de lo
inalcanzable.

Atento a esas catedrales infinitas que se hunden
en la noche.

Yo veía alegres florecillas, es cierto. Terribles
florecillas.

Entradas en las voces que prohíben.

Todos golpean en esa puerta. Y yo todavía en pie.

Seguidamente en pie, con los brazos atados a la tole-
rancia.

Con nieblas y abalorios que me muerden por dentro.
En pie.

En el odio de perderme y encontrarme.

Con la cabezota llena de fantasías. En el filo de mi
propia ausencia.

Inocentes florecillas. Apestosas florecillas. Estúpidas
florecillas

que emergen del Océano de los Olvidos.

Florecillas sin pactos, sin entregas, sin puertas ni
rechazos.

Ortodoxas florecillas. Infernales, como una antigua pelí-
cula de Georges Méliés.

Desordenadas como la vida y extrañas como las estrellas.

Todos van a esa puerta.

Pero es inútil, la hora de la fantasía ya ha muerto.

Cántico

Frecuentemente juego a cometer tonterías.
 En cambio tú, me preocupas con tonterías.
 Yo digo: ¿qué tontería cometeré hoy?
 Y enseguida surge una a propósito.
 En cambio tú, al corregirme, impides
 volar a mis pájaros llenos de tonterías.
 Aficionada a eso, no deberías desalentarme
 en lo que creo con verdadero entusiasmo.
 Y por eso, por una tontería,
 por una de tus fantásticas tonterías,
 estoy a punto de volarme la cabeza.

Recetario del difunto

La palabra es la música del silencio.
 Y el pensamiento del difunto profana
 el bosque.
 Contradanza de un Bach perpetuo
 que rescata el lánguido resplandor
 de un recuerdo.
 Y las carrozas de tu fantasía,
 salen empujadas por sus pajarillos
 multicolores...
 De los cielos que son emociones
 de otros cielos,
 y detonan su carga de buenas promesas.
 Adivina entonces: por qué el pétalo
 de la flor de la mentira es más
 radiante
 que el pétalo de la flor de la verdad.
 Y trata de convencerme ya,
 que la letra no es dolor,
 que la palabra no tiñe de sueños
 peligrosos,
 con esa nota fallida de la demencia.
 Mientras el canto revive en la luz
 para que la fábula ilumine tu tiempo.
 Así como algo determina que sientas
 al fantasma de tu silencio.
 Por lo tanto, tu silencio, que desafía
 mi silencio,
 es el desvelado canto de Dios.

Ars Amandi

Torquemada amaba las cruces verdes de la Santa
 Inquisición,
 de la misma manera que yo amo los verdes bosques
 de tu memoria.
 Villón, en tanto, mató a un cura en una pelea
 callejera,
 y tuvo cárcel (no remordimiento)
 y hasta el infierno según noticia
 floreció por aquellos días con un sabor inusitado.
 Y es así como me gustas desde siempre.
 El desgraciado sabía de los esplendores
 y hechizos del Tiempo.
 Y sus lágrimas, también fueron ríos de la miseria
 humana.
 Por lo que presumo que es mejor una hilera de
 ahorcados,
 pudriéndose junto a los caminos
 como si fuera un jardín de Nomeolvides,
 que consumiéndose la carne en el fuego de las
 hogueras.
 Fiel daguerrotipo del espanto.
 La Pompadour hacía filtros para Luis XV, cuando
 el viejo
 las prefería más cachorras y prestas al buen amor.
 Y todos consiguieron dormir contigo en la Mansión
 de la Luna.
 Así como tú gozas de mi beneficio todavía,
 y yo conservo tu imagen como la cabeza adolescente
 de Beatriz Cenci,
 cuando el verdugo la depositó en la Plaza del Puente
 del Santo Angel.
 Yo, que no soy Pico de la Mirándola para
 conocerte;
 ni Maquiavelo para traicionarte;
 ni Giordano Bruno para elevarte una plegaria;
 ni Sacher Masoch para conseguirte y después sufrir,
 estoy contigo.
 Y tú, que no eres ni Carlota Corday para acuchi-
 llarme;
 ni Diotima para morir de amor;
 ni la Condesa sangrienta de los Apasionados que
 esperan su condena,
 ¿acaso me debes una excusa?

Así como polvo somos, polvo seremos y polvo seguirá
siendo.

Aun, cuando resucites en tus bandas de sonidos,
en tus discos de última moda y sistemas de Crédito
del Futuro.

No aceleres mi destino.

Ni provoques el derrumbamiento de mi reino desde
tu amanecer.

Desde tu gran tractor del mundo que arrastra las
Ciudades iluminadas

y los cadáveres perdidos de la tierra.

¡Por eso, maldita Historia, ten piedad de mis huesos!

¡Usa mis sueños, usa mi garganta, úsame, pero
ten piedad!

Ya que eres tan cínica como la Conferencia del Desarme
y tan ordenada como el Concilio de Trento.

Rituales

Nunca dejaron de poblarme tus duentes de la
Claridad

como tiernos dioses ebrios y nostálgicos.

Por eso, te lo juro, es humillante estar ausente de tus ojos.

Y algo detiene, lo sé, mis bestias taciturnas.

Aquellos sagrados pájaros del crepúsculo que coronan
tu amor

como florecillas brillantes de los buenos deseos.

Aquellas criaturas que moran la paz del Señor,
que son la viña de mis cielos terribles que acaban
siendo mansos e inofensivos.

Es humillante no ser tu ángel noctámbulo que te
incendia el alma

abrazado a la piedra enloquecida de las invocaciones,
para resplandecer invadido por el mar,

arrastrado por el mar, como una fiebre de corales,

como mi gloria invulnerable,

como el decidido ardor de tus labios de eterna
miel,

que no tiene otro País que el del olvido.

Es humillante, te lo juro, vivir sin tus sueños.

(Acaso, celebración interior de un Botticelli

de querubines alegres

y serafines indómitos...)

Porque el Amor cuando de amor se viste,

es la mejor canción, la quemadura indescifrable,
la Noche extrema que se afirma en la audacia.

Aquella memoria de manantial desnudo,
de piel desconsolada que busca la propia piel,
la del secreto nombre.

Y ahora extraña dama de mis peregrinaciones
y mi siempre Niña dorada de los anuncios,
la ciudad te acompaña bañada por las caléndulas
del tiempo.

Es humillante, te lo juro, estar ausente de tus ojos.
¡Imagínate en qué estado me has dejado,
que acorralado estoy entre la música del aturdimiento,
y esta despiadada sonata de la soledad!

Manuel Ruano